

HOTBOOK

La medida del mundo

POR ISABEL FLORES

Hay ediciones que se leen como un mapa. No porque intenten abarcarlo todo, sino porque conectan puntos que, en apariencia, no se tocan: paisaje, oficio, memoria, deseo. En este número, el territorio marca el ritmo. La tierra, su altura, su humedad, su historia, aparece como una fuerza silenciosa que ordena la experiencia.

El recorrido comienza atravesando la espina dorsal de Colorado, donde el viejo Oeste resuena entre carreteras escénicas, lagos y glaciares; sigue hacia Mongolia, una extensión abierta, donde la tradición nómada todavía define una forma de vida, y aterriza en las Galápagos, ese archipiélago donde la naturaleza impone su propio compás. En Asia, Nepal despliega la transición radical desde la selva y ciudades antiguas hasta las cumbres más altas del planeta, mientras al sur de Europa, Eslovenia condensa muchos mundos en pocos kilómetros: lo alpino, lo mediterráneo, lo subterráneo, lo histórico, lo contemporáneo.

Nuestros refugios también funcionan como una manera de leer el mundo. Villa Dubrovnik observa el Adriático y la ciudad amurallada como si fueran una escena en transformación constante; The Peninsula New York se instala como ícono en la Quinta Avenida; Four Seasons Montreal propone una pausa contemporánea para mirar la metrópoli desde otra altura; y Urso Madrid, con esa elegancia que no compete con la historia, sino que la acompaña.

En la experiencia, el viaje se vuelve esencial. Aqua Lares nos acerca a África desde el Índico; Great Bear Lodge nos lleva al Pacífico canadiense, donde el silencio y los grizzlies ocupan el centro; y en Tambopata, en plena Amazonía peruana, la crónica se convierte en recordatorio: viajar también puede ser una forma concreta de cuidar un territorio.

La gastronomía aparece como otro paisaje. Andrea Di Lorenzo mira el plato desde su contexto real; el chef Sebastián Jiménez encuentra en las islas Feroe un ritmo distinto para entender la cocina, mientras que Virgilio Martínez abre un diálogo profundo con los ecosistemas y las culturas que los habitan.

Nos trasladamos a donde el tiempo se vuelve materia. Israel González Élan explora tránsitos entre conciencia y forma; Stijn Cole trabaja el paisaje como registro simbólico; Mariana Schmidt construye hábitat y memoria, y Vertebral piensa la arquitectura como una forma armónica de habitar el espacio. También aparecen los estadios del Mundial 2026: diseñados para el evento, pero pensados para permanecer, seguido por esa emoción compartida donde arte y fútbol se encuentran como lenguaje universal en el Museo Jumex.

La imagen y el sonido completan el pulso de la edición: Lydia Roberts observa el cuerpo como territorio en transformación, Tessa Ía transita el cambio como condición creativa y el futbolista Marcel Ruíz aparece dentro y fuera de la cancha con disciplina y visión. Cerramos con Santiago Arriaga, quien habla del territorio silencioso de la fotografía, Marco Marcovich que une música y retrato, y el DJ, Arodes, con experiencias guiadas por la energía colectiva del momento.

Moda, objetos y belleza vuelven a lo esencial: Desserto y sus biocultivos mexicanos traducidos en materia prima para la alta costura; un *shoot* de accesorios donde la materia, el metal y la superficie cuentan su propia historia; Xinú y su universo botánico y mítico; David Benedek y la perfumería como emoción y memoria olfativa. Y, como gesto final, Puerto Los Cabos, donde comunidad, arte y cultura hacen vida en común.

Que este número sea: un mapa hecho de territorio en el tiempo. Un trayecto para leer el mundo con más precisión y, quizá, con más calma.



LA VISIÓN SONORA DE ARODES

El DJ español Arodes crea experiencias en tiempo real, guiadas por el espacio y la energía colectiva del momento.

Adrián Rodríguez, conocido en la escena musical como Arodes, forma parte de una nueva generación de artistas que entienden la música electrónica como un lenguaje emocional antes que como una fórmula.

Desde escenarios íntimos hasta festivales de escala global, el DJ ha desarrollado un lenguaje propio dentro de la electrónica. Su sonido –profundo y melódico– no busca el impacto inmediato, sino la construcción de un viaje que se despliega con paciencia y sensibilidad, donde lo orgánico se entrelaza de forma natural con lo electrónico.

Más allá de los formatos, su música se manifiesta como experiencia. Cada set es una historia que sucede en tiempo real, moldeada por el espacio y por una energía colectiva que fluye de manera bidireccional entre el artista y el público.

En 2024, Arodes fundó su propio sello discográfico, Unreleased Records, que opera en tándem con su marca de producción de eventos, Unreleased. Esta plataforma le ha permitido expandir su visión creativa, no solo a través de sus propios lanzamientos, sino también al impulsar a otros talentos emergentes y consolidados dentro de la escena electrónica *underground*, ampliando su presencia e influencia en la industria.

Tu sonido se define por atmósferas profundas y melodías emotivas. ¿Qué imagen o recuerdo guía esa sensación cuando subes a un escenario?

La intención es transmitir una emoción. Tocar significa llevar al público a un recorrido profundo. Una melodía no solo mueve el cuerpo, también toca por dentro. El objetivo es que el final sea siempre feliz, que quien escuche el set salga con una sensación positiva que permanezca más allá de la música. Todo se concibe como una película: para llegar a una emoción duradera es necesario construir un proceso, un camino.

En algunos lugares, al compartir música e identidad, la reacción del público puede tardar. Eso a veces lleva a recurrir a *tracks* más conocidos para acelerar la conexión. En otros contextos, con públicos menos cercanos a la cultura electrónica *underground*, surge la necesidad de buscar algo distinto y proponer una experiencia nueva. Cuando la gente reacciona, esos momentos son increíbles. Es ahí donde la historia realmente se cuenta.

Como en una película o un libro, sin trama no hay éxtasis. La euforia llega al final, pero solo después del recorrido. La vida funciona igual. Hay subidas y bajadas, pero la energía siempre apunta a un cierre bonito. Esa es la ima-

gen que aparece al estar frente a la gente, el lugar hacia donde se quiere llevarlos.

La vida no siempre es fácil. ¿Cómo influyen los momentos personales en un set?

Un DJ set es una transmisión de energía en dos direcciones. No consiste en llegar y poner canciones ni en repetir una fórmula. Cada set es una historia distinta y depende de múltiples factores. Influyen el estado emocional, el lugar, el tipo de evento, la ciudad, el país, la hora, la época del año e incluso el clima. Todo eso define cómo se construye la conexión con el público.

Según lo que se siente y lo que se percibe de la gente, la música se adapta. Es un proceso abstracto y subjetivo. Muchos pueden mezclar técnicamente y conocer música similar, pero la diferencia está en cuándo y cómo se elige cada *track*. Ahí sucede la magia. Tú con la música, el público reaccionando y un *feedback* constante en tiempo real. Ese instante en el que todo se alinea y se siente que público y DJ son uno. Ahí nace la experiencia real.

¿Qué figuras de otras disciplinas han influido en tu forma de ver el mundo?

El deporte fue el punto de partida. Desde pequeño, una figura clave fue Michael Jordan por su determinación, competitividad y confianza. Cualidades esenciales en cualquier



disciplina, y aún más en una carrera artística llena de altibajos. Controlar la mente, no derrumbarse ante los rechazos y mantener la humildad cuando llegan los logros es fundamental.

En ese sentido, Messi es un referente absoluto. Siempre buscó mejorar, nunca se dejó llevar por la fama y entendió que todo se demuestra entrenando y en el campo. Esa ética de trabajo constante es lo que lo coloca como el mejor de la historia.

Has tocado en escenarios muy distintos. ¿Ha habido momentos en los que el público transformara tu energía?

Sucede con frecuencia. Siempre se llega con ciertas expectativas según el lugar o el país, y muchas veces el público sorprende. Donde surge mayor comodidad es con audiencias *underground*, con cultura electrónica, que entienden el viaje que se propone. Con públicos más jóvenes, acostumbrados a reaccionar solo a música conocida, el reto es mayor. Y los desafíos motivan. La idea es adaptarse y resolver, sin importar el contexto.

¿Hay algún lugar al que siempre quieras volver?

Burning Man es especial. La gente vive el presente con una intensidad que se refleja directamente en la música. El público está ahí para sentir y disfrutar, y esa energía se multiplica. Tocar ahí es una experiencia única.

Fuera de ese mundo, Ibiza siempre será un hogar. Ahí nació el vínculo con la música electrónica y sigue siendo la meca. El público argentino es difícil de superar. La pasión, la entrega y la forma de vivir los eventos es alucinante. México también es fundamental. Desde el inicio de mi carrera, la conexión ha sido muy fuerte. Ciudad de México, Puerto Vallarta, Guadalajara, Tulum. Bar Américas, con un set de seis horas, fue especialmente memorable. Tulum tiene una energía orgánica que conecta profundamente con la música.

Tus sets mezclan lo orgánico con lo electrónico. ¿Cómo resumirías esa filosofía?

Un viaje profundo donde una melodía no solo mueve el cuerpo, también toca por dentro.

Desde que produces tus propias experiencias musicales, ¿qué cambió en tu relación con la música?

Se volvió más intensa. Producir implica involucrarse en cada detalle, lo musical, lo visual y la experiencia completa. Cuando todo toma forma y se ve al público feliz, la satisfacción se multiplica. Es un proceso exigente, pero profundamente especial.

Al crear Unreleased Records, ¿qué buscabas construir?

Una plataforma para lanzar música de forma libre, sin depender de terceros, y contar historias desde un lugar honesto. También aportar a otros artistas, emergentes y establecidos, con una visión y sensibilidad similar. Acompañar su crecimiento y compartir música que haga feliz a la gente, tanto al público como a la comunidad creativa.

Un *unreleased* que solo exista en tu mente. ¿Qué emoción tendría?

Sería un viaje. Comienza tenso, serio, y poco a poco avanza hacia la luz. Refleja los altibajos de la vida con la certeza de que el final es bonito. Más que escucharse, se sentiría.

Si una producción estuviera inspirada en un amanecer en Tulum, ¿cómo evolucionaría?

Arranca fuerte y contundente, con percusiones intensas. En el *break* aparece una melodía que conduce hacia la luz. El cierre es una explosión que representa la salida del sol.

Si tu música fuera un lugar físico, ¿cuál sería?

Un amanecer en Tulum.

Si pudieras enviar una carta sonora a tu primer *track*, ¿qué incluiría?

Un solo instrumento. Un piano. La melodía es el núcleo de todo. Y un mensaje claro para quien empieza: seguir el instinto, no escuchar las voces que desvían, confiar en la pasión, la ética de trabajo y la conexión con la gente. Eso es lo que realmente sostiene el camino.



Descubre más aquí